MANUEL RIOS RUIZ

LA PAZ
DE LOS ESCANDALOS

COLECCION ALAMO
SALAMANCA
1975

Manuel Ríos Ruiz

La paz de los escándalos

(Accésit del Premio Alamo 1974)

,

CARTA DE AJUSTE

EMPEZAD poniendo un nombre inútil
en vuestra mente con el lápiz de la idea
y las vocales de siempre:
a, e, i, o, u.

Luego acentuad con la mirada.
Leedlo. Releedlo. Comprobad la ortografía.
Así es. Tal como todos. Poca cosa:
un nombre.

Después, sabed que se estremece,
que se doblega y se desvive:
que se muere.

Porque vive, fluctúa, acomete la desdicha,
piensa y sueña, se encarcela y se libra:
hombre.

Y en la nada de todo, escala.

SUMA Y SIGUE

HACIENDO de la luz una moneda, del humo
un siglo o de la tarde reaños y canseras,
vivo aún, escribo todavía las preces, los arrullos
de mi perplejidad, emano lo que me precipita,
son augurios, presagios, soledades en vuelo,
calideces íntimas con rabia o con ternura,
voces que me acercan y me anegan los pulsos,
ungen mi salud y mis dolores.
Y enraízome así, canto
en mi pegujal la paz que gano con delirio,
ese tiempo de hombre tan mundo a solas.

ORACION DEL CREDULO

1

AQUÍ espero la ilusión, un volver a los tesoros
que los sirocos corrompieran, a las noches entronadas,
a los vinos que subliman los cariños,
oh calavera de la hermosura,
aquellos diablos
de la juventud, sus quiebros y sus picaduras
de alacrán,
las serpientes de la vocación,
cuánta dureza hube de consumir, alado
y vívido,
total emulación ruégote,
poder
que eres, y sálvame de resquicios, de cortas
singladuras, arrójame ese pan,
ay,
que deseamos tengas en tu mano.

2

TE pido por el hijo de mi amigo Juan, pequeño
mausoleo, piedra de escándalo su muerte,
sabía
jugar y crecer, aspiraba a ser hombre
de la mano de los suyos...
Ponle de custodia
a todo el santoral,
hazlo ángel heredero
de la vida que perdió, recréalo en tí,
dinos que sonríe y alza su cometa.

3

PERDÓNAME por cuanto hube de apropiarme,
hacerlo mío: petacas, denarios, aires de poesía,
vocablos de faeneros, estudios del prójimo,
ajenas camas, besos que a otros pertenecen, las flores
en sus matas,
hícelo hacia la luz,

buscándome, citando al toro en todos los terrenos,
levantando la voz y el gesto, exponiendo
mi trepanación por delante, audaz y álgido,
qué puedo descubrirte, si tan sólo y siempre
la intuición fue mi único recinto y baluarte.

CARA Y CRUZ

BUSCABA negras rosas, medallas de fuego, rojas
suites, jaramagos eternos, corazones de los labios,
sagrados rumores, hombres de pie, calcinadas
sustancias de la brisa, siempre por los adentros
de la sangre, embelesado con su propia miel,
fugitivo de lo externo,
rememorando
un tránsito lírico por los cerros,
algún pozo de amistad, las claves
y los clavos de su existencia.
Murió de amor, galán
quizá sobre la yerba, entre la alameda
de olmos y de álamos, y ahora vive—constancia deja—
en una atlántida perdida por los santos,
paredes donde espera que la muerte que vive
le perdone y bendiga su morbosa osadía.

PESOS COMO MARES

PERO queda lo oculto, la gesta de los microbios,
bancos de jibias sin llegar a la orilla, bandadas
de estorninos sin volar, secretísimas voces pujando
en el silencio, presas de intestinos y arpilleras,
son los hechos condenados por cada ciego pozo,
las íntimas matanzas, la atroz vergüenza
que lastima en el alma, acciones de un momento
o de entera vida, pellizcos, terribles cuitas, pesos
como mares,
y
nadie se desnuda por sí mismo, esperando
que se ignoren o se olviden sus fantasmas,
que las cicatrices no suban, no salten del cuello
hasta la frente:
y el miedo paraliza la palabra,

detiene su ritmo y sus desórdenes, la escribanía
tórnase metáfora, vira su rumbo, limita
vaho y confesión, quédase en punzada de alfiler.

MULTIPLE CALIDOSCOPIO

MANDÉLE alzar la mano, desubicarse de sus cómputos, morir
en su misma alevosía paralizada, desaparecer
del mapa de los tiempos compartidos, que hundiera
la cerviz en su veneno inventado,
que destruyera
repentinamente las almenas de su torre escandalosa,
porque la pistola o la daga gravitaba casual por mi mano
—temblor o estatua, quién puede sentenciar—un amor
establecido, haciéndome dictado consejo, hueco
para la resonancia, calidoscopio enrevesado, cuento
y canto heredadísimo,
voz desde el esternon,
grito de baúl,
y alguien rió, destempló la gaita, cortaría los alambres,
disipó el humo entelerido, puso
en el aire un córner, un barullo, lastres, las tripas
removidas con llanto, algo a semejanza
de cartel, de alud, fehaciente, rotundo, tangible,
hasta univocarnos como tallo y flor, y repúseme,
supe—gracia que es repentizar—de mí, de él,
asumí donaire y don de hombre, predio ancho
para correr y sucumbir, restañar tanta espuma
de la misma marea vertida en dos, en semillero
de congénitos sentires: yo y yugo, guerrapaz o sed.

DUALIDAD AMENAZADA

SI saludo la libertad del mundo con mis ojos,
en cueros me pongo, y diríase que atosigo
mi tránsito por aquel romeral, entre la luz
que acato y recojo -el ala de la alondra parpadeando—
en los desparramados sustentos que la tierra respira...

Irme de mí
sería ambicrear un cisma,
debo mantener la lid que bedíceme,
calambrear en el aluvión,

luchar por la idea que me sostiene,
urgir
la paz desde la guerra que transporto, alucinarme
en y con cada sentido...

Y abro la mano:
saludo a la odisea.
me someto al viento del empeño, acompaño a mi resoluta voluntad,
dirimo lo que es perdón
y aquello que detesto
-promontorio sobre mi pie—,
oh camino de mariposa
y cauce de continua emergencia poseída.

Pregúntome por mi condición y aliento, sopeso
los caramelos del alma,
cierta talla contenida
por el corazón,
cuantos esplendores puedo emitir
y calibrar —preclaros los silencios y oreadas las voces—
coreando motivaciones y hallando siempre por lozas y macetas
la escindida palabra que nadie recompone.

CANTO A LA PATERNIDAD Y SU ODISEA

Su rostro era el de un hambre que llega de muy lejos...

EN las manos rizos y sementeras, colorarios de abedules, ásperos
juegos del trabajo, lirios y biznagas,
ojos de varonía , sutilezas
escondidas, hitos de un tiempo
ca-
yen-
do
por la e
s
p
a
1
d
a:

¿ Dónde

agarras la voz, el hierro o el quejío, el tanino y el azúcar, el tremebundo vaho que intercala susto y seña por el prado, ese temblor o lloro que es cariño, litigio, abracadabra?

Vengo del monte, carrascas infinitas,
soy tu padre
de hambro a hombro, a
t
r
a
v
e
s
é
la historia,
enriquecí la tierra,
pude alumbrar y herir luciérnagas, monstruos enterrados,
alcobendas rotas,
piezas de nuez, libre como un pichirrubio suelto,
ahíto por el campo, olvidado soñador junto a la abulaga.
Lo sé.
Lo dejo escrito, descifro el p
e
s
o de la nube,
la leyenda del cincel en la cantera, los jipíos subiendo
al acebuche, cuantas hazañas consumaste, aquellas
perolas de leche hirviendo, la guisada carne
muerta de basquilla, el orégano
condimentando los belfos, el borrego mellizo
sentenciado por los estómagos, el ímpetu
del levante contra el calor de las encendidas boñigas —oros
que eran corceles—, nietos fieles, nosotros, de un dios en el exilio,
cuando los terrores crujían bajo los borceguíes,
el aliento sumergido acechando a los pájaros
con la farola y el cencerro cada noche,
la última avefría cazada al anzuelo en el redil...
Tu amor, lírico,
por mi madre, estrella a estrella, suplicándolo entelerido...
Hundí en ella los sudores, el bruno pelo, las manos dobles,
calientes de ordeñar, toda la verdad de un hombre por los cerros.

Nadie quiso más.
Ni pudo.
Veía en su cara la amapola, mi única potestad.
Quise.
Quiero, como minotauro moribundo,
dejé sobre su vientre mi ralea,
quienes fueron más, toda la fuerza de mis brazos apretados, oh primera voluntad,
el disparo que alguien —furtivo- lanza a la perdiz, alto
el soto creciendo, limos del alma, la paz que adoso.
Sí, padre, estuviste,
estás
erguido, rabadán y valiente
ante el envilo, caldeado pulso, sincero, aperaltado:
con esa destreza con que trenzas la palma, con el celo
de mirar al sol, igual que un arcaico retablo cuadrado
ante los palomos, los dijes del tiempo ya cuajada estalactita.
Mi heredad, ahí la tienes, es el pecho y la bondad, saber
mirar el horizonte, guardar dando hojas, escapularios
*de la luz, novilunios pensando en ti, días y días, **sueños.***
(No puedo seguir, ocurre que me llaman, la ciudad contamina,
lucho contra la igualdad,oréame, recuerdo,
esa ventana... ¿Apacíguame o retorno? ¿Olvido?).
Ay, vivo otra vez, acaezco
en lo que soy, sufro y crezco, solivianto oscuras golondrinas...
La vejez alimenta, escucha la lágrima, qué lejos te lloro y te beso.
Sucumbe todo: la tomiza, el riego de la acequia;
florece y declina mi piel de manzanilla, porque la siembro
y siego, apaciento en ella mi vida.
Tú cantarás tanta flores engendradas,
te mantengo el candil, ánimo, te saluda la recóndita pureza del nato campcsino.
(Oh club, tienda, termo, tike, play-back, marea
de alquitranes y fachadas, neón de nerones, sálvese quien pueda,
cuando el fuego se enraice, se acomode en los costillares
que defienden, empíricos, el maravedí que nos queda, la bulba bautizada corazón).
Suspira, acuérdate de la higuera y el tomillo, las rojos
frutos del verde majoleto, cuanto templo supe defender en tu memoria.
Está la tarde clara, enero veintisiete para tu edad del siglo,
añoro tu presencia, tu paso por el campo, me detengo en ti,
en la frente de tu sangre, libre ya de mitos y preso de telemetría.

LOS GRADOS DEL VIVIR

DE quién la idea, dí:
                                        auscúltame, entiérrame, culmina
 la avalancha, pero dime, oprímeme la odisea, súrcame
los títeres del gesto y la procedencia,
                                                                        para que salte,
nueva y legítima, la voluntad, ese golpe del pecho,
ese toro secreto, turbo, torácico, terco y tumultuoso
que me sobrecoge.
                                    Agárrate,
                                                        arreguíndate,
                                                                            álzate
con fuerza, revolea, porque puedes, todos mis suspiros,
paladea,
                después,
                                    mis lágrimas,
                                                            confúndete
en esta algarabía que te ofrendo,
                                                            delira
conmigo, vuélvete paraninfo, silo
de males queridos, transita la sombra
que dejo esperando tu pie.
                                                    Sábeme,
sí, el que espera, poseído del que es, aspirante
a la tierra, idea o mito, decide qué gloria profunda
que tacto cierto, qué encaje embellece
o difumina los grados del vivir.
                                                        Luego,
despacio, dejando al tiempo su mejor cuchillo,
pondré la concordia que pido en tu barandal.

ALQUIMIA DEL AMOR

Los cuerpos, fijaciones de los espejismos, alientan cálidos
en su belleza instituída, exultan la malvasía
de sus órbitas como gallardetes espléndidos, carnes
ascendiendo engranes, efluvios que alimentan y encienden
candiles, la maravilla que los fusiona entre sí,
de ella —oh sementera hermosa— acaece
un impulso —relámpago perenne— desde recónditos

abismos, vértebras o mariposas, hasta la líbido
o el fuego, el crimen o el milagro, la espina
en la rosa, el necesario kilovatio de la resurrección.

2

LA fe nos lleva al deseo, titila por nosotros
como un órgano en el templo, como la rama desgajada
y el tremolar de las guitarras, nos ciega
y doblega, vacía la amplitud que poseemos
en cada vena, haciéndonos gajos sobre pechos
y panales, pajarería huracanada, precisión
absoluta que cumple sentencia con su victoria.

y 3

VENID a las galas de la cumbre, que brillen
los luceros de la piel, oriflamemos
los costados y los sentidos, sea carambola
todo contacto y toda combustión, repique de ternura
de pura tiranía, dulce azote tanto resplandor
y sutileza, la ambrosía del beso prolongado,
cimiento de la estirpe, para que —piedra
y nardo— se conjuguen y se conjuren
las potencias del alma con los misterios del cuerpo.

RAÏZ DEL JÚBILO

EL escándalo eterno que es la tierra, rosa y jugo,
converge en los ríos del pasar, en los periplos
del hombre sucediéndose, amando y pretendiendo
ostentar cálices y anticristos, míticas razones
y fuerzas del acero, blandiendo credos y líquenes,
daguerrotipos y dalmáticas, leyendas y refranes, miedos
eurítmicos del cabello a la faja, caireles
que relucen, ciegan, minimizan, atosigan los derechos
y la potestad.
¿ Quién se siente libre y gamo
entre leyes y laderas, por escaleras y decretos?
¿Dónde ovar los gránulos que nos afloran,
la pura porfía que galopa un ojo o aquesta lengua?

Invocar no consuela, ni nos sirve la historia, urge
sabernos promesa de voz y hechos, gente en eclosión,
últimas dádivas del mundo, vendimiadores de celajes
naciendo, puños amasando nuevos panes, pasiegas
transformando las posadas, cantores de himnos resurgidos,
forjadores de una era donde el amor sea fuendetodos,
levadura de cada mirada hacia la puerta.

SOLO EL QUE PASA

EL don de los saberes, los matices de cada portador
de poesía, vicioso círculo o diaria congoja, ese tener
el párrafo fijo ante los ojos, la corrección —perfecto hueco
vacío— de quien nos habla en prefijo y elocuencia,
sonreír un insulso chiste, un saludo tibio, divagar
por el gremio como pez domesticado, abruma, hiede,
enajena, nos pone una gargantilla, sujeta
el balanceo de la sangre.
                                        Por eso huyo
del cosmético poema, me pierdo entre la jerga
y tomo la cerveza con el último socio
del atleti, comulgo con su pasión y su trabajo,
recupero idiosincracia, canto por fandangos, me siento
—otra vez— desposeído de periódicos, ave de mi flora
y de mi raza, cerca de donde brotaron mis acequias.
Y no sé cuál es la mentira, dónde está mi óvulo
en su cesta, qué tresnal, qué triduo, qué perjurio
me asesina la fe si me divide el corazón: culto
o popular, legionario o lord,
                                             cuando quiero
—sin llanto ni risas— ser tan sólo el que pasa
y deja, por libros o por talleres, la vida idealizada.

SURTOS EN LO EFIMERO

NO caben las piedras en la garganta, hay
una sonámbula ilusión que nos sujeta
a un pie, a un péndulo, a un cíngulo,
ahí se gravita,
                       en la oquedad del narcisismo,
en los pliegues de la palabra encontrada,
como si después nos esperara un abismo sembrado de chimbiris…

Mas,
tensos,
surtos en lo efímero, crecemos
y dívicos
nos quisiéramos, dueños de sí mismos, repujados
en alma y cuerpo por la manifestación,
poetas
desde la matriz originaria, pretendientes
de la verdad, consentidos por el desprecio
que nos rodea.
Pero no caben las piedras
en la garganta, fáltanos los bieldos aventadores,
el altavoz que embelese, un vaso de vino
entre las herramientas, conocer donde nace y se crea
la sencillez,
el ritmo de las manos en la fábrica,
la canción que lleva, entre vello y espalda,
un hombre que se agacha, allá, en la cuneta.

CORAL E INEDITO

DE repente, oh súbito asentir, un pregón álgido —nardo
de voz y gesto— puso de pie purezas como cíclopes,
masías de abril, frentes que eran oriflamas,
códices asumidos, voces clamando
celosías y músicas, creencias soterradas, vómitos
originarios, peces de colores;
arias.
¿Dónde dilucido, díjeme,
instituída la persona, el seno ínclito, los ramos
de lo feliz?
Nunca tuvo lógica la nada,
ni el eco.
Y es que érase —¿yo?— un tumulto
cuando la Historia esgrimía su honor y su arpegio
y la mañana coral e inédita,
relumbraba exultos, huevos de frescura,
armellas como valles...
No supe huir, ni amañarme,
sino que, elemental y solemne, me asomé
a todo cuanto señuelo prometíase.
Tanto haz y cúmulo,

el iris de los cánticos, la palabra encomiable
y sigilosa, un revuelo de avispas que no estaba,
los pies del símbolo, alguna compañera de banca
y vida, movióme, amigo penitente, a ser congregante,
subterfugio o ángel, quién sabe qué cinta alegórica,
cuando acababa de pisar la hormiga y su periplo
y en el liquen de mi asadura un crimen relucía.

CATARSIS DE LA ROSA

POR los vuelos de los pájaros lo juro: estuve
allí, en el lugar de los sucesos, donde el cadáver
permanece y el alma se reclina:
                                                  Viernes Santo, noche
y cuarto de secretos, las fibras de un remolino, el pulso trébol
sonando a timbal, el aliento trepando por la lámpara,
los pasos y el tacto en volandas, en los donaires
del instinto y de la fiebre.
                                         Ví la rosa, la rosa
de la carne, su catarsis, el efluvio de su limo,
la donosura, el pellizco del impulso
que nos lleva hasta el morir.
                                              Rehíceme queriendo
tan buen mal, aquella maceta —petunia maltratada—
donde la tierra se erigía tan obra de Dios como las cruces.

SICOSIS Y TURBION

TODO ojo para llave, sicosis y turbión, magnificaba en luz,
tenía veta y vela poseídas de angustia, ahínco de sienes
al relente, era timbre ingerido y tirabuzón rutilante, abracadabra
presentido, claridad secreta en vasos de ilusión, sed y agua
en el cuerpo, una piñata del deseo, la matalahuva en flor
esplendiendo por la sangre, la neta apetencia
incontenible que al hombre conmociona y sublima.
Es así el privilegio del esternón, cuando los cuévanos se agitan
y suenan hueso a hueso hasta la pupila en trono y cirio.
Y senti tal hierro lastimando pirámides y abismos, cruzando
los pájaros del hálito, las piras encendidas como juncias,
plazas abiertas en la carne, cuánta fragosidad acumulada.
Clavé las pestañas, mordime la garganta, arrecié
sobre mi sombra, hogaza pura este paladar, y latiendo

en cada ribete de la cerradura originé el encanto,
la fantasía o la seda de un pecho de hurí ensortijado.

DONDE TODO ES DISPERSION Y BOVEDA

CUANDO —adivinado el mundo— se trastea nuestro lar
crecen inciensos, se detiene todo ajeno esperón y nada específico bulle.
Con el olvido en el recuerdo, la vivencia en rama
tórnase memorial, un respaldo del estar
todavía,
y descubrimos colores, laudes, panegíricos
para nos, tomamos posesión de lo que nunca fuimos,
de cuanto desconocemos sabiéndolo:
oh volatizadas
lindes,
creencias de un momento, sutiles claras luces,
moños, deseos, rutilantes dilataciones del cuerpo,
pellas estrenadas por el alma,
sensaciones y mercedes
fuera del reloj, porque ni el día cruza ni la noche
suena, son las tórtolas que llevamos en vuelo
por la mente las que cantan, y un solar sin gradas
—trébol y cunas— para gritar callando nos abraza.
Sí, donde todo es puro ejido y propia égida, ahí,
se descubre la pólvora que nos explosiona y contiene,
el adalid que nos guía,
la altanería que nos resuma,
cuantos alveolos forman el panal que soñamos,
las calañas de nuestro espíritu,
los doseles
que adornan los adentros de la piel, las norias
donde se revuelven ahíncos y desprecios,
rayas y pompas, triángulos y bóvedas,
lomos
y panzas,
razones que podemos alegar.
Perdámonos así,
hallemos la sincronía, el virus
o el capricho que nos puede concebir en verdades
e ilusión, allá, más arriba de los techos y los cielos,
donde nadie alienta ni se muere, en el país
unívoco que somos: nube, cripta, trino, selva y baraja,
una greca o una untura,

la frente en alas
como pérgola, perinola girando carismas, tazas,
pericias,
titirimundi en plena libertad.

EVOCACION DEL CEMENTO

En recuerdo de Sebastián,
Mi maestro ferrallista.

VIVO o muerto, alentarás, tendrás, ¿tendremos?, qué gubia,
algún vino fresco para bañar los labios y el alma,
una mano arriba, tabaco o madriguera que dejarle al aire,
aquella fuerza que nos enardecía pujando las gavillas,
el laberinto entendido de los tochos clavados en el banco, la fe
en lo que podíamos, los nervios que nos hacían navíos,
la cara —de verdad— amarrada al sol, los alientos de unos perdones
para el hambre y la alegría y el trueno de una copla
—rompimiento y pasión—;
ira sudada desembocando
en el mosto, en el tibio rato de un nuestro más allá,
un dolor por ser, la corbata anhelada, los sueños
de un tren como pan en candela.
Fueron, amigo,
mañanas y tardes armando el hierro, la dureza que se hacía
teta en el ventorrillo —vaso colmado de expansión—,
los abanicos del trabajo, escape o fuga de los planos o brazos;
medianeras, pilares, vigas, salientes y entrantes sostenidos.
Eramos estrechos de caderas, propensos al vinagre y a la luz,
vivíamos acaparando cíclopes en cada respiración, dejándonos
—por cinco dineros— los flecos del pecho en cada cimiento
y urna, en cada fundada ciudad, anónimos creadores, victoriosos vencidos,
hombres o sótanos, ignorados peones del capital.

ESTRELLA NAUFRAGA

HAY un mundo rosa detrás de cada ojo si ver sábese
y una libélula dorada zumbando onírica en el domingo del oído,
pero hablemos de la duda, del cóncavo espejo, del cómputo
del voltio, de la oscuridad del hombre entre la artillería ferralla,
donde se silba un ritmo de impedida libertad, armónica
falsa la gota de ardid para compacto ladrillo, el mundo

que se somete ante lo que por él sucede: la estrella náufraga
en el mar de los cerebros, son abanicos del disgusto desplegados
cuanta arcilla es sublimada por la continua consigna cartelera.
(Oh mujeres que rezuman nata, caliente sangre por la boca,
parras os querría, no maniquíes, vapores seríais bajo túnicas,
hoy viernes de tristeza, pascua mía, acera de la izquierda
y asalto a la ventana repetida, árbol que no, al mapa
sin flores,
aquí,
en esta calle o sofisma llamada caballeros
de carpeta, de tantos fuelles del vivir aplicados por la aut6gena
que nos funde integradora).
No sé si la historia sabría
retratar tanto ras, ponernos en el filo de una hoja, columpiar
la vitamina, pero pongámonos ya en la redoma, aliciente
de cubil, para acicalar nuestro estribillo al giro de la sombra
que nos marca la grúa.
Mas llevémonos la mano a la garganta,
palpad lo que se calla: cuánto escuece; decid que dulcifica,
admiraros, sí, de que exista la palabra golosina, pájaro bendito.
Y si algo os ocurre que recuerde la luz del hidromiel
salvaros de morir, olvidad los ingredientes del veneno, iros
de vuestra cara delante del café, caed en el arrobo repentino,
sed vosotros con íntimos cuchillos aplicando en cada vena
la punzada, esa lezna enmohecida que nos hiere por doquier.

CATAPULTAS EN LOS SENOS

QUEMAR las fuentes quieren, se a£anan en la amenaza,
clavan palabras como catapultas en los senos, nos esgrimen
sus pedernales, es lava que escuece y solivianta
tanta alarma de disparos, los documentos por firmar,
discuten sus sofismas bajo doseles y entre maceros,
y capaces son, autoenmeritados, de pulsar el botón
de los desguaces antes de que llegue la hora de soñar.

2

CIEGO desde siempre, con la cabeza embarcada
en un silencio de párpados inútiles, igual que un nido
olvidado y lejanísimo, sumergido y salvado
de rostros y motores, nos crea —acordeón en lance—

un limón de encelo, un aire derruído que todos pisamos
soltando una moneda falseada al caer.

3

UNA gota de cristal, pinzas y garfios, marmóreas
manos y pensamiento clínico tienden un hombre al sol,
pintan su alma, modelan su energía, originan
una nueva concepción, alejan el amor de los jardines,
nos dejan atónitos e ingrávidos, someten
al capricho de la sabiduría aquello que era
el fruto más legítimo de paraísos y vientres.

DIOS O LUZBEL

REVERDECIA la esperanza —lápiz y compás—
en la desolación misma como un puente
de relinchos,
                    me agarraba a las estrellas de los suelos,
a los lirios del aire, quise repetir caminos
y crucigramas, degustar los mismos oréganos
y pozos, descubrir otra vez fugacidades y oropéndolas,
los juegos
                y
                    los libros, descuartizar dolores
curtidos, noches de vino y jurcias,
                                                    abrir
las ventanas por la espalda, mas los oasis
son alas, cenizas imposibles, colorarios
que se esfuman, y un hombre —dios o luzbel—
solamente puede afrontar el abismo o cerrar la cancela.

INVITACION A LA CONCORDIA

TODO ocurre después de haber vivido, no crece
la semilla si antes no se seca,
                                                curarse en salud
es la utopía de los egoístas, hay que sumergirse
como bonzo en las candelas, como gusarapo en los canales,
atestiguar cuanto se diga, dejarse las entrañas

en los cardos, los ojos en los olivos, la sed
en los vinos y el acíbar, abrir los brazos
a todas las entelequias, gastar el amor
—ruleta el corazón latido tras latido—
para ganarlo y refundirlo, sufrir a quemarropa
el aluvi6n de la tierra, los rocíos y las calderas,
escándalo tras escándalo hasta la paz,
hasta la hora,
                    ungida y justa, de los íntimos
responsos, de las antorchas del sueño, para jurar
y jugar ese ajedrez de la concordia que se musita.

POCION DE LAMENTO

CUANDO la tarde cayó, golpe de costal, estuve conmigo,
quise verme detrás e impúseme el dolor,
la rabia y el treno de la íntima puñalada,
sangréme el espíritu, destrencé la pleita
del ingénito discurso, taracear, que sí, el pensamiento.
Fue ayer, nacía una estrella y empujaba la cortina.
Bebí una poción de lamento.
                                        Dejé papeles y matracas
en la comisura de mis cosas,
                                        consentíme
de que podía resistir fuegos y perfumes, rastrojos
y bosques incendiados, yuntas arando mi flaqueza...
Sonó un timbre, tocó un pito, un conjuro de árboles,
tal vez estallara un resorte por mis sienes,
el taladro que nunca se detiene y horada
virtuoso —serpollo o sésamo— los confines que deslindan
pronósitos y templos.
                              Y no sé o no puedo, miradme,
litigar conmigo, poner en punto la hora, el hueso
que me cruje, los anhelos que tuve y que tengo.

INTIMA CONVOCATORIA

AL1ENTO en la travesía de cada palabra,
                                                  hurgo
agito o aliso

con ellas internas tempestades, maremotos
íntimos, sufridas hecatombes del paso al paladar, vorágines
en las mientes, raudos cometas son, hoyos que hiciéronse
volcanes en el pecho, matrices de ojos y de manos
incursas en el fango,
vientos, combas, cuevas, cúlmenes
y huracanes vividos, todo rompiente de la egolatría,
los propios santuarios del ser,
las piras donde ardí
—escándalos todas las heridas— para convocar
la paz, la corva del alarido y la fatiga.

PREDIO DEL HOMBRE

SUS límites ensanchan los credos de la voz,
rigen el color del pájaro, asumen todas
las locuras del aire, adentrarse en sus iris
sorprende y enternece, cada vereda suya escandaliza
y sugestiona, fogaradas sustentan de bárbaras
costumbres, alevosías se acumulan frente
a las caricias, inviértese la luz, enciéndese
la sombra en raro menester gustos y programas,
es el país de los paisajes hundidos,
de la vileza en flor, del antifaz
y de la ceremonia, con infelicidad contrita
desde las uñas hasta los dientes.

LOS MAQUILLAJES DEL FAUNO

1

EL corazón lo tengo en ejercicio, salta
la más alta pirámide del cuerpo y clama
las virtudes del poeta, comparece
con su mandolina, musita, alardea toda su fuerza
y, palabra a palabra, se nombra dolorido.

2

ESTE ojo o mundo todo lo quiere, se enreda
en ajenas pestañas, llora cada pico de estrella,
el silencio del valle y se asoma, desde
sus propias azoteas, a los más hondos hombros,
así, de tanto ver, ha roto lo espejos.

3

BAÑAN las venas aquestos mis sonidos, silban
cual siringas, vuelan sus calandrias,
remueven los más viejos códices del músculo,
suman y siguen en cada glóbulo la melodía
del pensamiento, se aferran a su alquimia
y caracol, sostienen la sortija que más me adorna.

4

ME llega el disparo por los oídos a las cavidades
y aguardo por ellos cada despertar, tienen
resonancia del destello, el quid de cada lira
y quisieran ser flores de junio o malvasía de eternidad.

5

CON estas manos acato los destinos, trazo
los cantares, acaricio los amores, pueblo
de m6viles la vida, contengo la euforia
y celebro epifanías, sujeto el pan o su limosna,
enjugo los sudores, y de repente las cruzo
o las abandono sobre el tapiz de la piedra o de la nube.

6

LA frente o las galaxias, el poder
frente al viento y a la lluvia, un espacio
para cabalgar a solas, terreno, barranco, barbecho
donde crecen mieses genuinas, calambres
que revierten insondables resplandores.

7

EL paso o el pie, por las alturas, navegando va
los terribles mares de las selvas, esclavo es
de la cabeza, sostén de la cintura, y llega
a los postigos, permanece, como capitel,
apisonando la tierra, sabiéndola amiga bendición.

8

ARDID donde se enardece toda hombría, grito,
liquen, metamorfosis que nos injerta,
el sexo sube su gloria más allá de los vidrios
de las eclosiones, y es viento, y es nudo,
y es la comarca donde estalla la cultura.

9

LOS aromas juegan, rifan éxtasis, pululan
por campos, máquinas y aposentos, invádennos
con sus ritmos, los aspiramos, y en ellos
envolvemos penas y dichas, consuelos y espejismos,
cuantas nadas y riquezas atravesamos.

y 10

ME permite la lengua ser quien soy, sólo
su lámpara, su rotación de planeta, puede
alumbrar los instintos, ceñirles el alma y el color,
los lunares en la cara, el pregón de los zarcillos,
por ella, por su istmo, llegamos al jardín
de los poemas, al taller donde se forjan las plegarias.

LA VOZ QUE SE PREDICE

VENDRÁ un día cuanto llamo para romper el agobio,
los goznes que me apresan guzla y laúd, se levantará
una fuente hasta el sol, brillante música, enorme trino,
única razón de eco y de paisaje.
Espero su paz,
su orilla de meandro,
una falseta de gorrión
que me enamore, los helechos reverdecidos, la gran
voz que se predice.
Ahora, hoy, en este instante
vacío, busco mi oráculo, la nata de la sangre,
algo que suena a flor y raíces, al rodado canto
de hombre y pez, oh fuero, oh albedrío,
y me quedo en liza con mi esperanza promulgada.

TODO FENIX

No quiero verme en la cruz,
ni en la maniobra;
sólo amago, intento
—entre tanto herrén—
distinguir
las yemas del tronío, la matríz de los relámpagos,
ser retrovisor adelantado,
aducir a los pájaros
del allozo con el rítmico restallar de unos látigos
de versos y quiromancia,
mirarme en la antesala
de toda cornucopia,
irme también a las sajaduras
del ayer y, si es posible, diluirme en los arroyos, soñar
—pendolista— con los cármenes que encelan cámaras
y pantallas,
juzgar
—al dado—
al mundo,
acaecer como flores
de los gamones, ser prometimiento sobre la mano,
silbo
en la boca del ornitólogo,
huir y quedarme
en la misma probanza alegando que existo...
(Vida prieta que clama y contorsiona).
Así me conminaran las almendras cuajadas,
su amargor lúbrico, los ríos
en turbión,
países que no he visto, muecas y serpentones,
altisonantes y espontáneos brindis, versos
seguidos
de
versos,
tardes de lecturas junto al crepúsculo, unos sabios
consejos de propio profesor, en la informática de lo infuso,
con aleros de verdes gorriones, con frutas y tomateras en agraz,
compugidas mis ansias como ahora, como aquella topógrafa
gente que voces conquistaba, dichos, ángeles repatriados,

abedules o botánicas, índices arrolladores...
                                                  Resucitaré
entre fauces o entre albérchigos, con las mismas orgías
por el alma, con mis presagios y mis válvulas,
para sobrevivir a las enmiendas y a los alegatos,
los orificios impugnes,
ya investido de papeles y bierzos, con las cuentas
justas de las razones y de los milagros, hecho
zumo inaprensible,
                      todo héroe o todo fénix,
                                                  cabalgando
hasta la campana laína de los nunca, repentizado muerto
en luz y tulipanes emergiendo de luciérnagas y escombros.